

La Guerra en Irak y el retorno de lo "real"

Ideología, totalidad y medios de comunicación: Entre la crítica cultural y los estudios culturales.

Por: Ricardo Diviani

Profesor de Epistemología de la Comunicación. Facultad de Ciencia Política y RR.II. UNR

Introducción.

Se suele decir que a partir del atentado terrorista del 11 de septiembre y la invasión norteamericana a Irak, el mundo marcha irremediamente hacia una transformación desde el punto de vista geopolítico, económico y social, difícil de predecir. En este contexto, algunas consideraciones sobre los alcances y limitaciones del pensamiento "contemporáneo posmoderno" al momento de analizar determinados fenómenos culturales y comunicacionales, como así también la revalorización y actualización de ciertas teorías y conceptos puestas en tela de juicio en los años '80 y '90, podrían servir para ensayar una aproximación al papel que ocupan los medios de comunicación en nuestra sociedad. Sobre todo porque, dado el gran desarrollo técnico y el carácter omnipresente de la televisión, la prensa y otras tecnologías de la comunicación en la vida cotidiana – eso que se ha dado en llamar "cultura mediática"-, se podría adherir a la idea que afirma que uno de los escenarios fundamentales donde se libran las guerras y se estructuran nuestras modo de percibir la realidad, es en el campo mediático.

Si la guerra del Golfo inauguró lo que algunos denominaron el primer conflicto posmoderno, aquello que Baudrillard llamó la "no guerra" y que adquirió popularidad con el famoso slogan de la "guerra del golfo no ha tenido lugar" dada la desaparición de todos los elementos con los cuales experimentar el horror y dolor, a favor de una seducción por los simulacros mediáticos; se podría decir que, en esta nueva guerra, junto a las Torres Gemelas y los edificios de la ciudad de Bagdad, han tambaleado también, una serie de relatos de ciertos posmodernismos, que por comodidad, podríamos definir como conservadores: aquellos del fin de los "grandes relatos" y la

“historia”, los de la celebración “democrática liberal” de un multiculturalismo “pluralista” que olvida que la emergencia de la hibridación y diversidad cultural es el reverso tranquilizador del proceso homogeneizante del capitalismo como sistema mundial y de paso, que los fundamentalismos religiosos no son más que la otra cara del mismo fundamentalismo universalista liberal que considera su particularidad como la única posible.

A diferencia del Golfo, esta guerra sí ha ocurrido: el mundo de lo “real”¹ ha regresado nuevamente con las dolorosas imágenes de los muertos, de la destrucción y de todo el horror siempre presente en una guerra. Citando a Žižek podríamos ensayar una explicación para este retorno: “dado que el universo en que vivimos es precisamente un universo de convenciones muertas, artificiales (simulacros, realidades televisadas y virtuales, etc.), la única real experiencia auténtica debe ser algo extremadamente violento, una experiencia desgarradora.”² Esa experiencia desgarradora, las de las torres gemelas, la de la guerra de Bagdad, y hasta la de la crisis en Argentina, es la vuelta de lo “real”, que nos interpela a la necesidad ya no de un “pensamiento débil”, sino a la revalorización de ciertas problemáticas y categorías que aparecían aletargadas.

En este sentido nos parece conveniente volver sobre algunos conceptos que durante tiempo fueron premisas en los estudios críticos sobre los medios y la cultura: los temas de la totalidad y el de la ideología. Estos conceptos directamente cuestionados, abandonados o puestos en suspenso, pretendemos abordarlos en este trabajo, a partir de tres momentos:

- 1) Una instancia general en la que intentaremos dar cuenta de aquello que definiríamos como el ambiente intelectual y teórico de una época en la cual estas problemáticas tendieron a abandonarse. Una especie de “giro lingüístico” denominado de forma ambigua posmodernista o posestructuralista, en donde lo ideológico fue reemplazado en sentido amplio por cuestiones referidas al lenguaje, al discurso o lo textual y en donde la totalidad fue rápidamente asociada al totalitarismo.
- 2) Un enfoque respecto del modo en que ese cambio de perspectiva se manifestó con sus particularidades, en los estudios de la cultura y la comunicación.
- 3) Por último, un esbozo de algunas cuestiones relacionadas a la ideología y a la totalidad, en la que se intenta dar cuenta por qué consideramos que su problematización, puede ser una

alternativa válida que nos aproxime a la comprensión de la cultura y los medios en nuestros tiempos

Tras las huellas del Materialismo Histórico

En el libro *Tras las huellas del materialismo Histórico*, Perry Anderson en los años '80 parte de un diagnóstico preciso: el paso en el campo filosófico, desde la perspectiva crítica del Materialismo Histórico, del "marxismo occidental" que va desde Lukács a Althusser, pasando por la Escuela de Frankfurt, Korsch, Sartre, etc., de gran predicamento en los ámbitos académicos e intelectuales desde los años '50 hasta los '70, a una teoría posestructuralista que ha desechado toda perspectiva marxista con una serie de consecuencias teóricas y prácticas.

El valor de este ensayo, creemos se basa en el modo en que establece ese corrimiento en dos dimensiones: en su relación con algunas cuestiones históricas y políticas referidas al concepto de lucha de clases y al mismo tiempo, al propio interior de las teorías. Nosotros nos ocuparemos, fundamentalmente, de este último aspecto intrínseco.

Para Perry Anderson una de las problemáticas centrales de dicho cambio, es el modo en que una teoría en particular circunscrita a un campo determinado, ha sido generalizadamente dispuesta en otros campos del pensamiento o disciplinas, si se quiere, de un modo exagerado. Nos referimos a los trabajos de Saussure sobre el lenguaje y cómo fueron reapropiados y utilizados por el estructuralismo, primero y el posestructuralismo después. Las consecuencias, siguiendo a Perry Anderson, se expresaron en una especie de adormecimiento de la problemática del sujeto, del concepto de verdad y de la historia.

Perry Anderson afirma en una larga cita: "Saussure distinguía, en el signo, el significante y el significado o como él decía, la 'imagen acústica' y el 'concepto'. Por una parte insistía en el carácter arbitrario del signo con respecto a cualquier referente al que 'nombrara'; en la separabilidad, en otras palabras, del 'concepto' de su 'sonido'. Por otra, recalca el hecho de que, en la medida en que el lenguaje no era simplemente un proceso de nominación, cada significante sólo adquiriría su valor semántico en virtud de su posición diferencial dentro de la estructura de la *langue*; la relación, en otras palabras, entre los conceptos en el sistema de sonidos en su conjunto. El valor lingüístico, escribía, 'está determinado al mismo tiempo sobre estos dos ejes'. 'Una palabra puede trocarse por algo desemejante: una idea' y 'puede

compararse con otra cosa de la misma naturaleza: otra palabra'. El resultado es un precario equilibrio entre significante y significado en su compleja concepción del signo. Este equilibrio estaba destinado a romperse tan pronto como el lenguaje se tomara como modelo universal fuera del dominio de la comunicación verbal en sí misma. Pues la condición de su transformación en un paradigma portátil era su cierre en un sistema autosuficiente no anclado ya en una realidad extralingüística. El proyecto estructuralista, pues, se sometió desde el principio a la represión del eje referencial de la teoría del signo de Saussure. El resultado solo podía ser una megalomanía gradual del significante.”³

Claro está que no nos detendremos en cuestiones teóricas fuertes sobre lo que específicamente pone en tela de juicio Perry Anderson, ni mucho menos ingresar en una polémica sobre el valor de autores como Lacan, Althusser, Lévi Strauss o Derrida, algo que excede por completo nuestro interés inmediato; sino que simplemente nos preguntamos si esta megalomanía del significante no produjo un gran malentendido, a partir de ciertas lecturas desmedidas de las prédicas del “No hay nada fuera del texto, nada antes del texto” de Derrida, “No existen hechos, sólo interpretaciones” de Nietzsche o “no hay ningún primer absoluto que interpretar, pues en el fondo todo es ya interpretación” de Foucault, utilizadas en su extrema literalidad. Estas perspectivas que significaron un cuestionamiento a los postulados de la conciencia de índole humanística (de la que podríamos decir que el propio Perry Anderson es deudor) o a las teorías representacionistas del sujeto cartesiano, llevadas a un extremo descontextualizado, parecieran dar por tierra con cualquier referencia a un ‘real’. Esto es lo que se manifiesta (a veces no de un modo necesariamente estricto, pero sí en ciertos discursos que circulan en infinidad de *papers* y en determinados *slogans*) en un tipo de hermenéutica que se ha llamado de modo ambiguo “la soberanía de la lectura”, la “semiosis infinita”, las “interpretaciones inagotables e indeterminadas”, o ciertos usos, referidos particularmente a los estudios sobre los medios, de las “audiencias activas”. Es en este “ambiente intelectual”, que el slogan de Baudrillard podía adquirir tanto predicamento. Quizás aquí es necesario una aclaración: No es que Baudrillard niegue la existencia de una guerra, ni mucho menos que en ella haya habido muertos, sino que el modo en que la misma ha sido ficcionalizada por los medios y los “acentos” con que Baudrillard la interpreta, parecieran que dieran por tierra y como causa perdida, cualquier relación con un “real”.

Es evidente que aquí nos topamos con un problema. Pareciera ser que, de un modo esquemático, extremo y caricaturesco, si nos circunscribimos a una idea de lo “real”, nos

ubicaríamos junto a quienes sostienen al lenguaje como un simple medio que sujetos plenamente constituidos utilizarían para nominar o representar un mundo independiente; por otro lado, si entendiéramos al lenguaje como una estructura o sistema que precede al sujeto, en donde el sentido surge no a partir de un referente, sino a partir de una convención, lo real sería una construcción metafórica, una pura ficción textual dispuesta para las múltiples y pacíficas coexistencias de diferentes interpretaciones, coartando de este modo cualquier referencia a una verdad y a una historia. Sería interesante, para encontrar un punto que evitara cualquier alusión al lenguaje como instrumento y retuviera algunos aspectos de la idea textual e interpretativista, retomar algunos conceptos que la obra de Jameson sostiene. Este autor propone mantener la idea de cultura como “texto” y la hermenéutica como un modo de comprender los fenómenos sociales y culturales, pero lo hace a través del concepto de alegoría. Retomando a Benjamin, la alegoría sería en Jameson una interpretación que detecta los fragmentos sin la pretensión de reconstruir el sentido originario, de la historia tal como fue, sino como una lectura que produce un sentido nuevo. Un sentido que se reescribe por medio de un “código 4 maestro”, como una reconstrucción ideológica y situada y no como un acto fuera de la historia.

La historicidad de un texto, siguiendo a Jameson, corre por dos vertientes, la presente en el objeto mismo, aquella de la “situación original” de la que emerge y que funciona como “guía o síntoma de una realidad más amplia que se revela como su verdad última”; y la de las categorías o códigos por los cuales los sujetos de una época determinada –o diferentes épocas que van construyendo sus propias interpretaciones a través de capas sedimentadas y por lo tanto construyendo nuevos textos-, interpretan esos objetos culturales. Cada texto contiene en sí, en su producción y su lectura, una especie de “inconsciente político”, que no es más que cierta fantasía en donde se expresan las condiciones ideológicas -lo dicho pero también lo no dicho- y sociales de los individuos en un momento histórico determinado. Este “inconsciente” representa la compleja relación entre los sujetos y la estructura social, o para usar un lenguaje más marxista, entre la estructura y la superestructura, y Jameson pareciera abordarlo a través de esas mediaciones en donde se articulan las condiciones económicas que rodean a un objeto cultural. De este modo, se mantiene una tensión indecible entre el texto y su afuera, en un límite que resguarda su especificidad textual, pero al mismo tiempo da cuenta de las sobredeterminaciones sociales, políticas e ideológicas de la totalidad: totalidad que no es otra cosa, en palabras de Jameson, que el modo de producción.

“Historicemos siempre”, es el imperativo de este autor que, refiriéndose al concepto de “causa ausente” althusseriano nos dice: “La arrolladora negatividad de la fórmula althusseriana (la historia es un proceso sin *telos* ni sujeto) confunde, en la medida en que puede fácilmente asimilarse a los temas polémicos de una multitud de postestructuralismos y posmarxismos contemporáneos, para los cuales la Historia, en el mal sentido de la palabra – la referencia a un contexto, a un trasfondo, un mundo real exterior de algún tipo, la referencia, en otras palabras, al muy denigrado referente mismo- es simplemente un texto más entre otros, algo que se encuentra en los manuales de historia y en esa presentación cronológica de las secuencias históricas. Lo que deja clara la insistencia misma de Althusser en la historia como causa ausente, pero falta en la fórmula tal como se la enuncia canónicamente, es que no concluye en modo alguno, como está de moda hacerlo, que, puesto que la historia es un texto, el “referente” no existe. Propondríamos pues la siguiente formulación revisada: que la historia no es un texto, una narración, maestra o de otra especie, sino que, como causa ausente, nos es inaccesible salvo en forma textual y que nuestro abordaje de ella y de lo real, pasa por su previa textualización, su narrativización en el inconsciente político.”⁵

Jameson es un “raro” exponente de la confluencia entre marxismo y posmodernismo, que ha intentado una hermenéutica deconstructivista, no sólo con los “textos” de la cultura moderna, sino también, con lo más actual del posmodernismo, reescribiéndola, paradójicamente a partir de lecturas de Baudrillard y Lyotard, en un sentido de totalidad. Así, podríamos interpretar la propia representación de la Guerra del Golfo por los medios y sus lecturas, como expresión de los hábitos y categorías epocales en que son interpretados determinados fenómenos: categorías que expresan una pauta cultural caracterizada por el ocaso de los afectos y la nueva sensibilidad de lo sublime, la nueva superficialidad de las imágenes, una arrolladora tecnología del simulacro y la consiguiente reificación del significante como causa de la crisis del referente, pero que tiene una realidad más profunda en las condiciones tardías del capitalismo actual.

De la crítica cultural a los Estudios Culturales

Decíamos que el giro que significó un cambio de perspectiva teórica más general, del materialismo histórico al posestructuralismo, también podía vislumbrarse en los estudios comunicativos: de una impronta crítica a las visiones más tranquilizadoras de los Estudios Culturales recientes. En los últimos años, los llamados Estudios Culturales han gozado de un prestigio académico e institucional de gran envergadura que pareciera, en la actualidad, ir

perdiendo rol protagónico; por lo menos si damos crédito a una cantidad abundante de literatura que cuestiona sus fundamentos, aunque, digámoslo de entrada, muchas veces los intentos de definir claramente qué son, y cuál es su territorio, han costado horrores. En cierto modo, a los Estudios Culturales les sucede lo que durante tiempo le sucedió al posmodernismo: un campo difuso y confuso de textos, temas, teorías, motivos, autores, que de forma dispar, se suelen inscribir, dentro de la corriente. Así, se suelen diferenciar los Estudios Culturales ingleses de los norteamericanos y los dos respecto de los latinoamericanos; sus inicios en Birmingham y una actualidad menos comprometida en los departamentos de letras y comunicación en las universidades de los países anglosajones; un mosaico variado de pensadores, que según las perspectivas, forma o no parte de los Estudios Culturales: Raymond Williams, Edward Thompson, Richard Hoggart (especie de padres fundadores) Stuart Hall (Director del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham de la “segunda generación”), otros ingleses inscriptos dentro de esta tradición como David Morley, Tony Bennett y John Fiske; una serie de autores norteamericanos; autores que se niegan a ser inscriptos dentro de esta tradición y que otros ubican allí (Edward Said, Clifford Geertz, Pierre Bourdieu y hasta en algunos lugares se han nombrado a Fredric Jamenson, Slavoj Zizek o Terry Eagleton) y muchos otros, que ni siquiera han opinado, ya que la muerte los ha encontrado antes de que estos aparezcan o se popularicen (Antonio Gramsci, Louis Althusser). La crítica que en la actualidad se les suele hacer, en general, pareciera situarse en algunos tópicos sobresalientes: su carácter afirmativo académico (Richard Rorty ha dicho: más que buscar el asalto al poder, los estudios culturales han buscado el asalto a los departamentos de literatura en la universidad), su perspectiva un tanto confusa de interdisciplinariedad, su método etnográfico, el uso de algunas categorías convertidas casi en fetiche y la carencia de un cuerpo teórico sólido. ⁶

En este sentido, más que profundizar sobre lo que los Estudios Culturales son, fueron o han dejado de ser, sobre los motivos de su “apogeo” y “decadencia” - parafraseando un libro de Carlos Reynoso, que entre otras cosas, refiere al giro que implicó su pliegue a un posmodernismo “desleído” y el abandono de su proyecto crítico y emancipatorio de sus orígenes en los años 60 en Birmingham -, quisiéramos detenernos en lo que han devenido los estudios sobre la cultura (para no ingresar en la polémica sobre si tal o cual autor o texto pertenece o no a los Estudios Culturales) en los últimos años. Es decir, el sentido fuerte que ha impregnado la mirada sobre la cultura y los hechos culturales definiendo ciertos gestos teóricos que han motivado el paso lento pero firme de una perspectiva “crítica” a una de tipo “tradicional”, para usar un binomio propuesto hace tiempo ya por Max Horkheimer. ⁷

Obviamente, la referencia a los Estudios Culturales parece insoslayable dada la cantidad de textos que al analizar la “cultura”, recurren a esa tradición, o por lo menos la citan de algún modo. Fundamentalmente porque los Estudios culturales –como ese abanico amplio, en perspectivas y motivos- han logrado una amplia convergencia entre las cuestiones culturales y de comunicación en producciones y estudios sobre el tema.

En este sentido, algunos exponentes de estos Estudios Culturales, han cuestionado desde hace tiempo al interior mismo de esta corriente, una tendencia revisionista en los trabajos sobre comunicación. Así James Curran, ha lamentado la sobrevalorización e idealización, del potencial soberano y creativo del consumidor, basada en la idea de una “democracia semiótica” anclada unilateralmente en el nivel de la recepción, apelando a una vuelta a los aspectos estructurales productivos referidos a una economía política de los medios.⁸ Este modelo afirmativo de una “democracia semiótica” se expresa en múltiples trabajos que establecen una clara distinción entre las formas instrumentales de producción de un “texto” y los sentidos creativos que los consumidores construyen a partir de sus usos en la vida cotidiana: Una vez que se “consume” un producto cultural, éste se desprende de las estrategias de la “industria cultural”, y pasa a ser parte de la táctica de los débiles, que “ocupando los espacios del fuerte, transforman el tiempo disciplinado e instrumental en libre y creativo.”⁹

Es indudable que estos nuevos estudios “revisionistas” (que para algunos no son tan nuevos y le deben mucho a las viejas teorías de los “Usos y Gratificaciones”), se han sustentado internamente como respuesta a las perspectivas hipodérmicas y también frankfurteanas (muchas veces presentadas de modo casi indiferenciado una respecto de la otra) de los sujetos “pasivos”, del poderío dominante del mensaje circunscrito a lo ideológico y manipulador y también del carácter de “tedio” que lo sobrevolaba, para referirse, en muchos de los casos, a los múltiples “usos” del “consumo cultural”, como espacio de negociación o resistencia y las gratificaciones, “placer” y “diversión” que las audiencias experimentan con los medios, en una especie de lo que algunos denominan, una impronta populista. Este giro “posmoderno” ha representado un abandono del proyecto original de aquellos Estudios Culturales iniciados en Birmingham en donde el horizonte del marxismo y la perspectiva crítica de la cultura (por cierto muy diferente a la perspectiva de la crítica frankfurteana) era un marco referencial. Paradójicamente, los primeros estudios culturales ingleses no habían abandonado la problemática de la totalidad, o de las relaciones complejas entre lo estructural y superestructural y en cierto sentido, de la cuestión

ideológica. Stuart Hall marcaba en un texto sobre los dos paradigmas dentro de los estudios culturales de aquellos primeros momentos (el paradigma Humanista o Culturalista y el paradigma Estructuralista) toda una serie de motivos en debate dentro de este horizonte: la perspectiva más centrada en la conciencia y la experiencia de Raymond Williams, Richard Hoggart o Edward Thompson y la mirada estructuralista representada en gran parte por Stuart Hall, en base a toda una serie de autores como Althusser o Gramsci¹⁰ Hall en dicho texto (principio de los años 80) , ya alertaba, acerca de los peligros de una lectura desmedida de la perspectiva epistemológica de Foucault ¹¹ y tiempo después, antes de morir, Raymond Williams se lamentaba por la tendencia academicista en que los Estudios Culturales habían ingresado. ¹²

Este cambio de enfoque, la de una tercera generación de los estudios culturales (luego de la primera representada por ese humanismo o culturismo y la segunda de tipo estructuralista), puede tener varias lecturas: Una serie de transformaciones sociales que han generado nuevas problemáticas (el paso de las cuestiones de las clases sociales a las de las minorías, de la cultura al multiculturalismo, del sujeto y la identidad a las nuevas subjetividades e identidades múltiples, de la lucha por el socialismo a las libertades democráticas, de lo macro a lo micro), el cambio generacional (la llegada de nuevos teóricos, ya no anclados en las viejas problemáticas de la cultura de la clase obrera, sino en el marco de las nuevas sensibilidades y sujetos sociales) y también, no menos importante lo que ha marcado Mattelart, el apogeo del conservadurismo de gobierno de Margaret Thatcher en Inglaterra (lugar desde donde los estudios culturales se han lanzado), y de una especie de sensación de derrota del pensamiento de izquierda. Es sintomático que uno de los trabajos paradigmáticos de estos nuevos estudios culturales, el de Ian Ang sobre la serie Dallas, donde justamente reivindica las resignificaciones situadas en el placer y la diversión como lugar de resistencia del consumo de la popular serie, haya sido acusada por ser funcional a las políticas privatizadoras de los medios del gobierno conservador presentándose como opción válida ante el paternalismo (y agreguemos, “aburrido”) contenido de la tv estatal. ¹³ Independientemente de las particularidades de la situación inglesa, es evidente que la serie de temas presentes son sintomáticos como para ser transpolados fuera de sus fronteras ¿No se ha expandido en los ‘90 y obviamente en nuestra actualidad, una especie de populismo que celebraba y legitimaba todas las prácticas de la “cultura popular” como si tuvieran un valor en si mismo y que cuestionaban toda crítica realizada desde “un lugar” a cualquier contenido medial o fenómenos cultural, por elitista y esencialista? ¿No se ha sobredimensionando la iniciativa, libertad y resignificación de las prácticas de las subculturas o

minorías en desmedro de una distancia crítica? Como ironiza Reynoso: “¿Qué la comunidad afronorteamericana sufre? No importa, ¡al menos tiene el rap!”¹³

El valor y debilidad de este posmodernismo y de los propios estudios sobre comunicación, ha consistido en que al mismo tiempo que han puesto en la superficie algunas transformaciones profundas de lo social (debido fundamentalmente a las transformaciones tecnológicas) y de dar cuenta de diferentes problemáticas situadas en la esfera de la “recepción”, han abandonado despectivamente el momento de totalizar el análisis a partir de las condiciones materiales posmodernas, que Jameson la ha situado más que como un estado de la cultura, como todo un modo de producción.

Ahora bien, ¿qué podríamos decir de los puntos de encuentro entre esas tendencias de desaparición de lo “real” y el referente por un lado, y de las “audiencias activas” y la “democracia semiótica” (si se nos permite usar de modo reduccionista este término), por otro? ¿cuál es el problema de la crítica a la “democracia semiótica” desde la llamada “economía política de los medios”, que en la actualidad se suele presentar como una alternativa ante el énfasis puesto del lado del consumo, como parece sugerir Currand? Por un lado, podríamos decir que independientemente de las diferencias entre la perspectiva más filosófica de desaparición del referente que implica este giro lingüístico, y los estudios de comunicación y “audiencias”, lo que sobrevuela en ambos es el desprecio por las condiciones materiales de dominación en el cuál se produce y consume un texto. Por otro, que las tendencias que intentan poner énfasis en las problemáticas referidas a las condiciones de producción (“la economía política de la comunicación”) suelen restituir un modelo de estilo estrechamente economicista, es decir más marcados por la impronta de las industrias culturales en plural (centrada, es su preocupación por generar una industrias culturales que funcionen de tal forma, que la haga más justas, eficientes, igualitarias y democráticas, cuando no, simplemente, como mero mapa descriptivo del desarrollo técnico y económico en sus diversas áreas -industria televisiva, discográfica, editorial, etc) que de la “industria cultural posmoderna” como sistema total: es decir como una gran maquinaria de producir representaciones e imágenes no solo para ser consumidas, sino para producir ciertos tipos de subjetividades

Nuevamente aquí nos interesaría recurrir a Jameson, quién ha intentado justamente (casi como todo el “marxismo occidental”) trabajar con las mediaciones entre lo económico y lo cultural, pero en un nuevo contexto, el posmoderno, en donde las diferentes esferas han perdido casi la

línea divisoria: todo el ámbito de lo económico podríamos decir que es cultural: “la Cultura es hoy el modo de producción”. El carácter (lingüístico-semiótico, simbólico, imaginario, subjetivo, etc de las fuerzas y medios de producción básicos del capitalismo tardío y mundializado –la informática, los medios masivos de comunicación, las tecnologías de lo virtual y la publicidad, el capitalismo especulativo financiero operando puramente con signos inmateriales- es la expresión máxima del carácter coptador de toda la cultura por parte del mercado. Este es uno de los conceptos centrales, de la mundialización capitalista, es decir el mercado como elemento central de dominio: “Con bastante coherencia, la cultura del simulacro ha materializado en una sociedad que ha generalizado el valor de cambio hasta el punto de desvanecer todo recuerdo del valor de uso, una sociedad en la cual, según la observación espléndidamente expresada por Guy Debord, 'la imagen se ha convertido en la forma final de la reificación mercantil'". ¹⁴

Ideología y totalidad

Decíamos que la megalomanía a la que hacía referencia Perry Anderson se expresaba con sus particularidades en los propios estudios culturales: una especie de significante flotante que vuela en el vacío, en una sobrevaloración de los momentos de “consumos” ¹⁵ con sus múltiples resignificaciones y momentos de resistencia. Bajo estas perspectivas, de carencia de las articulaciones entre el texto y su afuera, entre el “consumo cultural” y todos los aspectos sociales, políticos y económicos de dominio que lo rodean, la cuestión de la ideología no podía mas que quedar debilitada, ya que la condición de su existencia es mantener como problemático las complejas relaciones entre la “estructura” y “superestructura” de la totalidad social. Si la cuestión discutible y controvertida de algún tipo de relación entre las estructura y superestructura, o entre lo cultural y algo que no es cultura; entre el texto y algo que lo excede, la ideología, por lo menos desde una perspectiva crítica, no tiene razón de ser, ya que su existencia y problematización depende de que se retenga las cuestiones referidas al dominio de unos grupos o clases sobre otra, la legitimación de un orden existente, y en última instancia, la forma en que se reproduce la totalidad social.

Este concepto de totalidad, sabemos que ha sido ampliamente cuestionada debido a su asociación directa al espíritu absoluto hegeliano, a la lectura marxista del proletariado como portador histórico de la sociedad sin clases, y en base a la crítica de toda idea del fundamento por esencialista o metafísica. Nosotros aquí, independientemente de las diferencias entre las perspectivas altusheriana de totalidad estructurada o mas frankfurteana de totalidad expresiva,

queremos apreciar la totalidad como la vinculación compleja y contradictoria, entre los diferentes niveles de fenómenos sociales en un proceso único. Es el capitalismo, por decirlo de algún modo, el que es totalizante, con sus tendencias a la expansión y dominio político, económico y cultural, a todo los rincones del planeta.

Sin embargo, pareciera que esta totalidad, desechada por la puerta grande de la teoría, ha ingresado nuevamente por la ventana de los medios a partir de la guerra de Irak. Obviamente que no se trata que la totalidad sea parte de la realidad (ya que no se trata más que de una categoría de análisis, o para decirlo a modo de Jameson, una causa ausente irrepresentable), sino que determinados conceptos son muchos mas pertinentes que otros para el análisis de determinados fenómenos. O quizás mejor aun, cómo determinados conceptos muy actuales pueden ser reescrito en otro sentido. Bourdieu afirma que los intelectuales han adoptado una neolengua, cuyo vocabulario aparentemente surgido de la nada, esta en todas las bocas: “nueva economía”, “exclusión” “mundialización o globalización”, “multiculturalismo”, “etnicidad”, “identidad”, “fragmentación”, etc., pero con una notaria carencia de términos como “capitalismo”, “clases”, “explotación”, “dominación” y “desigualdad”.¹⁶

Podríamos decir que de lo que se trataría, entonces, es de lograr una articulación que permitan explicar estos fenómenos posmodernos bajo un marco mas generalizador: al multiculturalismo no solo bajo sus aspectos “pluralista y democrático”, sino también como el reverso del proceso homogeneizante del capitalismo como sistema mundial; la globalización como algo mas que las “revoluciones” en las comunicaciones y la consiguiente emergencia de la “tribu” o “comunidad global”, sino también como la tendencia de algo que ya estaba presente desde los inicios del capitalismo, y que implica la abrumadora concentración de las riquezas para unos pocos amos del planeta y la inevitable miseria para la otra gran parte; la fragmentación y diversidad, no sólo bajo la emergencia “saludables” de las “diferencias”, sino también como simulacros que esconde los proceso identitarios en tanto mercantilización en la sociedad de consumo.

En fin, no sólo se trataría de la reivindicación de las minorías, sexuales, étnicas, etc, sino también de aquellas que luchan de una u otra forma contra esta tendencia mundial. La única minoría no reivindicada por el posmodernismo, dicho sea de paso, han sido las de quienes sostuvieron hasta hoy perspectivas marxista o de izquierda. No solo no reivindicada, sino acusada directamente de anacrónicas!!.

Es bajo esta totalización, que la reintroducción de la problemática de la ideología puede tener algún valor. Ya que si lo que los medios construyen realidades, determinadas formas de interpretar el mundo, los textos no son nunca inocente, llevan en si “el inconsciente político” de sus condiciones sociales de producción.

Es en base a toda una serie de rechazo de algunos postulados del pensamiento “moderno” (a un tipo de teoría de la representación, a una forma de considerar la idea de “verdad”, y a una desinterés por la cuestiones del poder en sentido estricto), que la problemática ideológica a perdido estatuto problemático. Sin embargo, queremos detenernos a modo introductorio en algunas perspectivas que puedan dar cuenta, de cómo este concepto puede ser recuperado para inscribirlo dentro de una realidad “posmoderna” novedosa..

Sabemos, que desde el punto de vista de la perspectiva crítica en los estudios de los medios de comunicación, ha habido por lo menos dos líneas fuertes en el análisis de la ideología: la perspectiva francfurteana y la althusseriana. En una, la francfurteana, la ideología encarna lo que Marx había descubierto en el nivel de la mercancía: cómo dos mercancías con valores de uso diferentes pueden ser intercambiada producto de contener el mismo tiempo de trabajo abstracto, es decir, ser reducida a un principio de identidad suprimiendo lo que tiene de diferente. En lo ideológico funciona el mismo principio de identidad, efectuándose una igualación de cosas que son inconmensurable y en donde lo otro, lo heterogéneo, la diferencia es expulsado o reciclado para volverlo idéntico. Es la forma en que opera la industria cultural, a partir de la producción permanente de identidades. Es en este sentido que las categorías de estereotipo y manipulación adquiere todo su dimensión. Es cierto que en Frankfurt la ideología dominante somete a través de esos mecanismo inconsciente por medio de su industria cultural, y que frankfurt deja en suspenso la problemática de un análisis mas de tipo sociológico sobre una perspectiva de resistencia, pero hasta cierto modo podríamos decir que lo rescatable de esta perspectiva es la del tipo de subjetividades que se construye a partir de la colonización de todos los fenómenos culturales, y hasta la propia conciencia, como mercancía. ¹⁷

En la Altussereana, fundamentalmente a partir de las lecturas de Stuard Hall, el tema es mas complejo, sobre todo porque Hall ha intentado un rescate de los momentos en donde el concepto de ideología de Althusser, pueda integrarse con una perspectiva que tenga en cuenta el lugar de la resistencia, desechando las concepciones funcionalista de la ideología como aparatos monolíticos del estado que responden a una clase. Si la cultura medial y los medios de

comunicación son los “aparato ideológicos” dominante, la ampliación del concepto de ideología no solo puede resultar valiosa para entender como las diferentes formas de representación simbólica y las prácticas que se establecen (en Althusser la ideología no solo es una cuestión simbólica, sino fundamentalmente práctica) sirven para reforzar el dominio de unos grupos sobre otros, sino también el lugar donde se batalla por el control de los imaginarios sociales. ¹⁸

Independientemente de las dos perspectivas, y de todas las discusiones sobre estas problemáticas lo que nos interesaría rescatar, es fundamentalmente la concepción de que los medios de comunicación no son ni tan inocente, es decir, el campo donde se ha ampliado el espacio de lo público o puro instrumento de la democracia; (idea tan común en los 90 y que ha conllevado un especie de vedettismo medial, en donde estos parecieran cumplir solo una función de garantes de los principios democráticos) ni tan poderosos al momento de sus efectos manipuladores. En realidad podríamos decir de modo aproximado, que los medios, desde el punto de vista ideológico lo que hacen es, citando a Deboar, estructurarnos para experimentar la realidad de una determinada manera, o mas althuseranamente, funcionar como un “aparato” que tienen como “efecto” que los sujeto vivan su relación con la realidad de una manera imaginaria (no falsa o verdadera, sino necesaria) , y que dota de sentido a sus prácticas

Pero este rescate puede tener valor, solo a condición de rechazar toda asociación de la ideología con las teorías representacionista y toda visión que la emparenté con una teoría de la verdad (al estilo que la considera como una visión desfigurada de la realidad), para retener el funcionamiento que permite a los hombres mantener y vivenciar una cierta relación con la estructura social de dominación.

Es a partir de la lectura de toda una serie de autores “nuevos” (Zizek, Jameson) y del rescate de toda una tradición del “marxismo occidental”, que la problematización de la ideología (mas como interrogante que como certeza) nos puede brindar una serie indicios sobre como integrarlos a los análisis de la cultura y los estudios de comunicación.

El propio Zizek nos brinda algo de ese indicio a partir de un ejemplo del funcionamiento de los medios en forma concreta. Expresa como han “operado” los medios en construir determinadas y diferentes “realidades” con respecto a la guerra del golfo y la de los Balcanes; citando a Renata Salecl: “En lugar de ofrecer información sobre las tendencias y antagonismos sociales y políticos o religiosos en Irak, los medios terminaron por reducir el conflicto a una pelea con Sadam

Hussein, el Mal personificado....en el caso de la guerra de Bosnia, en cambio, a pesar de algunos casos aislados de la demonización del presidente serbio Milosevic, la actitud predominante refleja la de un observador casi antropológico. Los medios se superan unos con otros en la clase que nos dan sobre los antecedentes étnicos y religiosos del conflicto, trauma que viene de hace 100 años se repiten y representan, de modo que, para comprender las raíces del conflicto, es necesario conocer, no solo la historia de Yugoslavia, sino toda la historia de los Balcanes desde la época medieval...”¹⁹ (dicho sea de paso, Žizek ha cuestionado la mirada occidentalista de la guerra de los Balcanes expresa en la película *Underground* de Kusturika, como una especie de catástrofe natural que hunde sus raíces en lo más ancestral y en donde las personas se encuentran atrapada en la vorágine del mito histórico)²⁰¹. Dicho modo de presentar los dos conflictos, el de Golfo y el de los Balcanes por parte de los medios, que marcan la diferencia entre una política intervencionista terrorista (¿no creemos, independientemente de que estemos a favor o en contra de la intervención Norteamérica en Irak, que Saddam, es la más pura encarnación del mal personificada y un peligro inminente para la humanidad? —obviamente no es que no lo sea, pero ¿lo es menos Bush, ?) y una de tipo “neutral” y no intervencionista.; (¿no pensamos que en la guerra de Yugoslavia hay algo de lo “irracional” imposible de comprender, para nosotros, los occidentales?).

En un mundo donde cientos de personas se inmolan por Alá, donde el presidente de la potencia más poderosa del mundo se presenta con el mandato de Dios en la tierra para impartir “justicia infinita”, donde los conflictos religiosos, étnicos, y tribales, estallan por doquier; donde la situación de la economía mundial hace estragos en las condiciones de vida de millones de personas en todo el planeta, y en el cual el papel de los medios juegan un papel destacadísimo en el modo en que presentan estas “realidades”, la apuesta a una restitución de la ideología y la totalidad como campo problemático, nos puede ayudar a pensar no solo que otro mundo es posible (el momento de utopía que hay en toda ideología y en toda idea de totalidad) sino también afirmar que el fin de las ideologías no ha sido más que una astucia de índole ideológico.

Notas:

1. Este concepto de lo "real", sabemos que es problemático. Con real no estamos refiriendo a una "verdad objetiva", tangible, o de algún estatuto de sustancia parecido; tampoco pretendemos entrar en las relaciones establecida entre lo real, lo imaginario y simbólico de Lacan (retomado en los escritos de Zizek, Jameson y otros autores contemporáneos) o las diferencias entre lo real y la realidad, lo virtual, etc. Solo pretendemos referirnos a ese plus de lo "representativo", eso que no se puede aprender por las palabras o las imágenes, pero que indica una más allá de lo que aparece mediatizado, o para decirlo en términos que Jameson retoma de Althusser, la "causa ausente". Podríamos introducir una palabra de Zizek que si bien refiere a la cuestión entre lo ideológico y no ideológico, bien puede ser instructivo en cuanto a esto de lo "Real": "cuando denunciamos como ideológico el intento mismo de trazar una clara demarcación entre la ideología y la realidad extraideológica, esto parece imponer la conclusión inevitable de que la única posición no ideológica es renunciar a la noción misma de la realidad extraideológica y aceptar que todo lo que tenemos son ficciones simbólicas, una pluralidad de universos discursivos, nunca la realidad; no obstante, una solución "posmoderna" rápida e ingenua como esta es ideológica por excelencia... aunque no haya una línea clara de demarcación que separe la ideología de la realidad, aunque la ideología ya este operando en todo lo que experimentamos como la realidad, sin embargo debemos sostener la tensión que mantiene viva la crítica ideológica...la ideología no es todo, es posible suponer una posición que nos permita mantener una distancia con respecto a ella, pero este lugar desde el que se puede denunciar la ideología debe permanecer vacía, no puede ser ocupado por ninguna realidad definida positivamente". ZIZEK, Slavoj, *El espectro de la ideología*, en *Ideología, Un mapa de la cuestión*, E Fondo de Cultura Económica, Bs. As, Argentina, 2003, pág 26.
2. Entrevista a ZIZEK, Slavoj, aparecida de *Otro Campo* (http://www.otrocampo.com/7/amor_zizek.html)
3. ANDERSON, Perry; *Tras las huellas del Materialismo Histórico*, Ed. Siglo XX; Madrid, España. 1988, pág 51.
4. Para F. Jameson "la constitución de una totalidad histórica implica necesariamente aislar y privilegiar uno de los elementos dentro de esa totalidad (una clase de hábito de pensamiento, una predilección por formas específicas de cierto tipo de creencias, una estructura política o forma de dominio característico) de modo que el elemento en cuestión se convierta en un código maestro o esencia interna capaz de explicar los otros elementos o rasgos del todo en cuestión". JAMESON, F; *Documento de cultura documento de barbarie*, Ed Visor; Madrid, España. 1989. pág 21
5. JAMESON, Frederic; *Ibidem*; pág 30
6. Ver REYNOSO, Carlos; *Apogeo y decadencia de los Estudios Culturales*; Ed Gedisa, Barcelona, España, 2000
7. Ver Horkheimer, Max; *Teoría crítica teoría tradicional*, en *Teoría Crítica*, Amorrortu Editores, Bs. As, Argentina. 1998.
8. Ver la polémica entre James CURRAN y David MORLEY en *Estudios Culturales y comunicación*, una serie de trabajos compilados por CURRAN J, MORLEY David; WALKERDINE, V; E. Paidós, 1998, Barcelona, España.
9. Ver los usos de De Certeau por parte de los estudios culturales, fundamentalmente de John Fiske en STEVENSON Nick *Culturas Mediáticas*, E. Amorrortu; Bs. As, 1995
10. HALL, Stuart; *Estudios Culturales: Dos paradigmas*; *Revistas Causas y Azares*, N1, 1994.
11. WILLIAMS, Raymond; *El futuro de los Estudios Culturales*, en *La Política del Modernismo*; Ed Manantial; Bs.As, Argentina, 1997
12. MATTELARD. MATTELARD; *La institucionalización de los estudios de comunicación. Historias de los cultural studies*; Innovarium (<http://www.innovarium.com/>), Venezuela, 2000
13. REYNOSO Carlos, *Op.Cit*; pág 185
14. JAMESON, Fredic; *Posmodernismo o lógica cultural del capitalismo tardío*,...
15. Esta reformulación, por otra parte del concepto de consumo, también marca a la tendencia a-critica que suelen tener los estudios culturales, al desprenderse del sentido que lo enmarcaba dentro del concepto de fetichismo de la mercancía.
16. Ver BORDIEU, Pierre; *Una nueva vulgata planetaria*, en *El Diplo del Le Monde Diplomatique*, N° 11, mayo del 2000
17. Es interesante lo que dice Zizek con respecto a la relación entre el fetichismo de la mercancía y la ideología, "ese fetichismo no se da en la manera en que pensamos sino, en la manera que actuamos...Todos sabemos que no hay nada mágico en el dinero, que es un pedazo de papel que te da acceso a una porción del PBI. Pero el fetichismo se da en la manera que interactuamos en el mercado y ahí nos comportamos como si creyéramos en la magia", *Op, Cit*

18. Ver los trabajos de HALL, Stuard *Significado, representación e ideología: Althusser y los debates posestructuralista*, en CURRAN, J; MORLEY, D; WALKERDINE, V, compiladores; op cit; y *La cultura, los medios de comunicación y el "efecto ideológico"* en CURRAN, J; GUREVITCH, M; WOOLLACOT, Janet; Sociedad y Comunicación de Masas, E. Fondo de Cultura Económica; México, 1981
19. ZIZEK, Slavoj; *Op, Cit*, pág 11
20. ZIZEK, Slavoj; *Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo tardío*, en Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo; E. Paidós;; México, 1998

BIBLIOGRAFÍA.

- ALTHUSSER, Louis; *Ideología y aparatos ideológicos del estado*; Ed. Nueva Visión; Bs. As. Argentina. 1988
- ADORNO; Theodor; HORKHEIMER, Max; *Dialéctica del iluminismo*. Sudamericana, Bs. As. 1987
- ANDERSON, Perry; *Tras las huellas del Materialismo Histórico*. Ed.. Siglo XX; Madrid, España. 1988.
- BAUDRILLARD, Jean; *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Ed. Anagrama, Barcelona, España.. 1991
- BOURDIEU, Pierre, "Una nueva vulgata planetaria", en El Diplo del Le Monde Diplomatique, N° 11, mayo del 2000.
- CURRAN, j; MORLEY, D; WALKERDINE, V; *Estudios culturales y comunicación*; Paidós Comunicación; Bs As. 1998.
- CURRAN, J; GUREVITCH, M; WOOLLACOT, J; *Sociedad y comunicación de masas*; Fondo de Cultura Económica; México. 1981
- GRUNER, Eduardo; *El fin de las pequeñas historias*; Ed. Piados: Bs. As. Argentina. 2002.
- HALL, Stuard; *Estudios Culturales: dos paradigmas*; Revista Causa y Azares; N° 1. 1994.
- HORKHEIMER, Max; *Teoría Crítica*, Amorrortu editores; Bs. As. Argentina. 1998.
- JAMESON, Frederic; *Documentos de cultura documento de barbarie*, Ed Visor; Madrid, España. 1989.
- JAMESON, Frederic; *Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío*; Piados, Bs.As.1992.
- JAMESON, Frederic; *Las semillas del tiempo*; Ed. Trotta; Madrid, España. 2000.
- JAMESON, Frederic; ZIZEK, Slavoj; *Estudios culturales. Reflexiones sobre multiculturalismo*; Piados; Bs. As, Argentina. 1998.
- MATTELARD; *La institucionalización de los estudios de comunicación. Historias de los cultural studies*; Innovarium (<http://www.innovarium.com/>), Venezuela, 2000
- NIGHTINGALE, Virginia; *El Estudios de las audiencias*; Paidós; Barcelona, España. 1999.
- STEVENSON, Nick; *Culturas mediáticas*; Amorrortus Editores; Bs. As, Argentina. 1998.
- REYNOSO, Carlos; *Apogeo y decadencia de los Estudios Culturales*; Ed Gedisa, Barcelona, España, 2000.
- WILLIAMS, Raimond; *La política del modernismo*; Ed. Manantial; Bs. As. Argentina, 1997.
- ZIZEK, Slavoj, *El espectro de la ideología*, en Ideología, Un mapa de la cuestión, E Fondo de Cultura Económica, Bs. As, Argentina, 2003.